

Ángeles Quesada Novás (1947-2016)

Andrea de Gregorio Quesada

Mi madre nació en la insigne villa de Pontevedra, casi una década después de finalizar el horrible enfrentamiento fratricida que desangró España en los tardíos años treinta. A la tierna edad de dos años se trasladó a Madrid, donde vivió su infancia y adolescencia.

De su padre heredó el gusto por la buena literatura y ese peculiar olfato para reconocerla incluso en las obras más tempranas de cualquier autor desconocido. No en vano, su progenitor se codeó durante años con lo más granado de las letras gallegas de la época debido a su tarea de censor en la Diputación de Pontevedra. De su madre, el tesón. Esa fuerza interior para enfrentarse a todo contra viento y marea, siempre que mereciese la pena y se vislumbrase un fin honestamente social o cultural.

Pasó por París en el 68, cuando mayo ya había florecido y las esperanzas de los jóvenes parecían aunarse a nivel europeo, preconizando el gran giro democrático que muchos países darían en el futuro, más o menos cercano.

En esa época, su máxima pasión, que continuó siéndolo hasta el final de sus días, fue la cultura centroeuropea y, más concretamente la de raíces germánicas. Sus estudios, nada más terminar el bachillerato se orientaron al estudio de la misma, tanto en España (Instituto de Cultura Alemana de Madrid (1966-1967) como en Alemania y Austria (en 1967, viaja por primera vez a Salzburg, en cuya universidad cursa estudios de alemán y cultura alemana y austríaca).

Con el apoyo de su padre, para quien ella era "la niña de sus ojos", logró salir de la oscuridad de Madrid para abrirse al mundo, recalando primero en Bilbao, en la Universidad de Deusto, que tanto le proporcionó a nivel académico como personal, pues fue en el Instituto de Idiomas de la Universidad de Deusto, en donde debutó como docente en 1968, ejerciendo como auxiliar de clases prácticas de alemán, y fue también en esta entidad en la que se licenció en 1971 en Filosofía y Letras, Sección de Filología Moderna – Subsección Alemana. Su tesis de licenciatura fue dirigida por el profesor Manuel José González con el título: "Algunos antropónimos y topónimos germánicos en el español".

Durante sus estudios en dicha universidad, tuvo la oportunidad de realizar estancias académicas en la Ludwig Maximilians Universität y el Goethe Institut de München (1968), la Christian Albrechts Universität de Kiel (1969) y la Universidad de Salzburg (1971), ciudades a las que volvería en varias ocasiones, por los grandes recuerdos que éstas le despertaban y que no dudaba en compartir con sus seres más queridos (viajó con mi padre al poco de casarse, viajó con nosotros en 1989, fue a visitar a su sobrino sobre el 2002, y luego volvió con amigas en diferentes "escapadas"). Berlín también era una de sus ciudades fetiche y volvió hace unos años a "reciclar" su alemán, cursando allí un intensivo de un mes, que le supo a gloria. Hacer un curso de alemán, con gente joven, en una de sus ciudades favoritas fue una buena manera de estrenar su jubilación, "volviendo a sus orígenes".

Fue en Salzburg donde culminó su carrera, y desde esta última ciudad austríaca volvería a lo más profundo y recóndito de España, a la pequeña población de Arcos de la Frontera, en la que su marido tuvo su destino inicial y a la que ella llegó recién licenciada, tras pasar su primer año de casada en el extranjero. Volver a Madrid no estaba en sus planes, por aquel entonces. El deseo de emprender una nueva vida junto a su estrenado esposo, con la banda sonora del mejor flamenco de fondo, José Menese ni más ni menos, era de un atractivo sin igual.

En 1972, solo un año después, ya residían en Vigo. En dicha ciudad comenzó su trayectoria como profesora de Lengua y Literatura castellanas en EEMM que se prolongaría hasta 2007. Comenzó como PNN [Profesora No Numeraria] en el Instituto Femenino de Vigo "Santo Tomé do Freixeiro", en octubre de 1972, permaneciendo allí hasta 1976. En dicha ciudad, un par de años más tarde, nacería su primer hijo, mi hermano. Pero la inestable vida de los PNN en esa época, hizo que éste diese sus primeros pasos en otra

ciudad gallega, Lugo. Durante un único curso escolar, mi madre dio clases en el Instituto "Juan Montes", volviendo a Vigo en octubre de 1977, pasando entonces a formar parte del claustro de profesores del Instituto Mixto La Guía.

En 1978, compaginó su segundo embarazo con las oposiciones a Profesora Agregada de bachillerato (Lengua y Literatura españolas). Al lograr superarlas, consiguió plaza durante los dos años siguientes como profesora interina en el Instituto "Alexandre Bóveda" (también conocido como "Coya 2"). En 1980, ya como funcionaria de carrera, recaló en el Instituto "Álvaro Cunqueiro" ("Coya 4"), en el que permanecería hasta 1996. Año en el que trasladó su residencia a Madrid, ciudad en la que ejerció como docente en el I. E. S. Dámaso Alonso desde 1996 hasta su jubilación en 2007.

A finales de los años ochenta había ingresado en la Asociación de Profesores de Español, en la que desempeñó un gran trabajo, tanto en la Asociación gallega "Álvaro Cunqueiro", como luego en la madrileña "Francisco de Quevedo", organizando numerosas actividades, congresos, seminarios y jornadas.

En 1992 reanudó sus estudios universitarios, ahora en el Tercer Ciclo, en la Facultad de Filología de la Universidad de Santiago de Compostela, en los que centró su interés en la narrativa del siglo XIX. En noviembre de 1994 presentó su Memoria en Licenciatura "Emilia Pardo Bazán: *Profesiones* (cuentos). Edición, anotación y estudio", dirigida por el profesor J. M. González Herrán.

A continuación, comenzó el estudio sistemático de la producción cuentística de Pardo Bazán, dando como resultado la Tesis doctoral: "Los cuentos de amor y de desamor de Emilia Pardo Bazán", dirigida por el profesor J. M. González Herrán, presentada en la Facultad de Filología de la Universidad de Santiago de Compostela el 31 de enero de 2003 ante un tribunal formado por las doctoras Nelly Clemessy (Univ. de Nice), Marina Mayoral Díaz (Univ. Complutense de Madrid), Ángeles Ezama Gil (Univ. de Zaragoza), Ermitas Penas Varela (Univ. de Santiago de Compostela) y Cristina Patiño Eirín (Univ. de Santiago de Compostela); obtuvo la calificación de SOBRESALIENTE *cum laude* y posteriormente fue publicada con el título *El amor en los cuentos de Emilia Pardo Bazán* (Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2005).

Al año siguiente, 2006, la Editorial Eneida, de Madrid, publicó una antología de cuentos de doña Emilia, con selección y estudio preparados por ella.

Su labor como investigadora se ve reflejada en su participación en los Simposios que, sobre E. Pardo Bazán, tienen lugar en la Casa-Museo de la escritora y son luego recogidos en las Actas prescriptivas. Con estudios pardobazanianos ha participado también en algunos congresos y simposios relacionados con la literatura decimonónica, en Barcelona, Madrid y A Coruña, así como en diversas publicaciones, que se detallan en el *curriculum vitae* que acompaña a estas páginas.

Desde el año 2008 hasta el 2014 formó parte del Grupo Buriel, que centró su trabajo de investigación en el proyecto I+D+I: "Análisis de la literatura ilustrada del siglo XIX". Derivadas de esta labor son su participación en los dos congresos puestos en marcha por el Instituto Cántabro de Estudios Literarios (ICEL19) del que forma parte, en los dos Seminarios sobre "Literatura en Imágenes" organizados por el mismo Instituto en colaboración con las Universidades de Vigo y Sevilla, así como los artículos que sobre el tema se relacionan al final del documento.

Su relación con la cultura alemana

En 1988, viajó a Kiel para participar en un programa de intercambio pedagógico del Ministerio de Educación alemán, lo que le permitió convivir durante tres semanas con el Claustro de profesores de un Centro de Secundaria, acercándose de ese modo al sistema educativo alemán y ejerciendo de profesora invitada en las clases de Lengua española que se impartían en el centro.

Ese mismo año, puso en marcha una experiencia piloto en el Instituto de Vigo en el que enseñaba Lengua y Literatura españolas: el alemán como segunda lengua extranjera en COU (acogiéndose a una orden ministerial que así lo favorecía). La materia resultó ser un éxito y culminó con un viaje a Austria que realizó con sus cuarenta alumnos, recibiendo una ayuda del Ministerio de Cultura austriaco. Por desgracia, las dificultades de orden burocrático presentadas desde la administración autonómica impidieron que dicho proyecto tuviese mayor recorrido o que se pudiese trasladar a BUP.

Su relación con la cultura centroeuropea no culminaría ahí, pues a finales de los años noventa colaboró en la confección de un diccionario alemán-español.

Y, por supuesto, tanto mi hermano como yo también entramos en contacto con el alemán gracias a ella, que se preocupó por enseñarnos esta lengua e intentar que la estudiásemos en profundidad. Por desgracia, el inglés le barrió pronto el camino al alemán y, en el momento en el que apareció el francés en nuestras vidas, el alemán quedó relegado a un dulce recuerdo de infancia, de tardes de clase en casa, descubriendo novedosos métodos de enseñanza a través de cintas de vídeos.

En su afán por enseñar, no sólo lengua y literatura, sino cultura en general, promovió diversas actividades culturales en todos los centros de enseñanza en los que trabajó, destacando la creación de grupos y talleres de teatro (algunos de los cuales mostraban el fruto de su trabajo fuera de sus localidades e incluso en la provincia), así como la tertulia literaria que dio como resultado, a mediados de los ochenta, la Antología de jóvenes poetas "De lúa en lúa, pirata", firmada por Colectivo de Alumnos "o Búho", editada por Obradoiro AAGG Universidade Popular y con la colaboración de la Consejería de Cultura del Ayuntamiento de Vigo.

Asimismo, siempre se preocupó por ampliar las fronteras, tanto físicas como mentales de sus alumnos, y gestionó múltiples viajes e intercambios con centros de enseñanza alemanes y franceses.

Curiosidades, viajes y artes escénicas

Como no podía dejar de aprender, además de pasarse toda la carrera profesional reciclándose en pedagogía, posteriormente investigando sobre Doña Emilia o sobre los ilustradores del diecinueve, en los últimos años emprendió el estudio de la lengua italiana en el Istituto di Cultura (Instituto Italiano) en Madrid. Perfeccionar su conocimiento del italiano le llevó a degustar con mayor deleite las novelas de Andrea Camilleri protagonizadas por el Comisario Montalbano y a desentrañar mejor, si cabe, las óperas de Verdi o Puccini que tanto le gustaba escuchar. Pero pronto se cansó, pues le resultó fácil leer en dicha lengua y decidió pasarse al árabe (Casa Árabe de Madrid). Estuvo varios años aprendiendo fonética y escritura árabe y aprovechó para viajar a países en los que predomina ese idioma, para disfrutar más de su arte y cultura.

Wagner, Goethe y Mozart eran sus pasiones, sin duda alguna. De Goethe, baste decir que tenía sus obras completas en alemán gótico y siempre estuvo "enamorado" del *Werther*. Mozart también le gustaba, pero más bien para festejar; en cambio Wagner era para reflexionar. Este verano había programado ir a Bayreuth por última vez, pero tuvo que cancelar las entradas y los hoteles en el momento en el que se dio cuenta de que ya no podría viajar como antes.

Gran amante de las artes escénicas, asistía asiduamente a todo tipo de espectáculos. En un mismo mes podía disfrutar de un concierto de *chanson française* en La Fídula, un ciclo de *lied* en el Teatro de la Zarzuela, de una actuación de *jazz* en el Café Central, de genuino *blues* de la mano de los más grandes como B.B. King y Herbie Hancock en Conde Duque o de Eric Clapton en el Palacio de Deportes, así como de una grandiosa actuación de Irene Papas protagonizando *Medea* en el Festival Grec de Barcelona, de José Luis Gómez en *Informe para un Academia* en el Teatro de la Abadía (era su preferido), o de Maya Plisetskaya en *Don Quixote*, o de *Ifigenia en Táuride* del Tanztheater Wuppertal de Pina Bausch.

Pero de todas las artes escénicas, su favorita era la ópera. Mientras vivía en Vigo, sus escapadas a Madrid y Barcelona, servían para mantener viva esa llama, hasta su definitivo traslado a Madrid, que le permitió convertirse en abonada al Teatro Real. En ese coliseo no dudaba en enfrentarse tanto a obras polacas como inglesas o en cualquier otra lengua que no dominase o comprendiese, todo reto suponía un disfrute. A veces viajaba *ex professo* a algún festival de ópera como el de Aix-en-Provence ("Aix", como ella decía), o aprovechaba cualquier oportunidad que surgía en medio de un viaje para presenciar algún evento singular. Nunca olvidaré la espectacularidad del *Nabucco* que presenciamos, siendo yo todavía adolescente, en la Arena de Verona o el *Don Giovanni* en los jardines de Schönbrunn en Viena.

Su afán por enseñar le llevaba a cultivarse en todos los campos del arte y compartirlo con todos los que la rodeábamos, mostrándonos que el mejor camino para poder reflexionar sobre el mundo pasa por abrir la mente a todo tipo de conocimiento y arte. Para ello, nos llevaba de la mano a representaciones teatrales, de danza, ópera o a exposiciones pictóricas, escultóricas o de fotografía. Las salas de El Círculo de Bellas Artes, la Fundación Mapfre, "la Juan March" y "el Lázaro Galdiano", entre otros, se convirtieron en ventanas al arte y la inspiración, dejando siempre volar su gran imaginación, no sin antes haber sido previamente analizados cada uno de los minúsculos detalles de cada obra.

Lógicamente, la palabra escrita tenía una importancia capital para ella. Sus cerca de seis mil volúmenes dan fe de ello. Todos y cada uno de ellos con sus notas al margen, demuestran que volvía a ellos para buscar conocimiento, expansión, aventura y divertimento (la novela negra era su "vicio inconfesable").

Y, por supuesto, su gran pasión era viajar. Viajar con los libros le resultaba maravilloso, pero trasladarse a los lugares que había "conocido" a través de la lectura, era la experiencia que mayor éxtasis le podía proveer. Sus últimos viajes, cargados de significado, como el "viaje de los argonautas", "la ruta de la seda", le marcaron profundamente. Aunque he de decir que también disfrutó mucho de pequeños periplos por España con sus hijos, volviendo a los lugares que habíamos visitado en la infancia, como Tarazona, Haro, Medinaceli, Covarrubias, Carrión de los Condes, Sevilla, Córdoba, Granada, Cádiz o "descubriendo" joyas como la catedral de Palencia, el piano de la iglesia de San Hipólito el Real de Támara de Campos, el pórtico de la iglesia de Santa María de los Reyes de Laguardia o la villa romana de La Olmeda.

Su primer viaje a América le daba mucho miedo, pero, como lo hacía conmigo, decidió aventurarse rumbo a Uruguay. Allí conoció Cabo Polonio y Colonia de Sacramento, lugares que le encantaron, así como la ciudad de Buenos Aires, que tanto anhelaba pasear. El mejor recuerdo de ese viaje fue el tango que bailó, de forma improvisada, en plena plaza de Dorrego (Barrio de San Telmo), con más de doscientas personas rodeándola.

Esa primera experiencia al otro lado del charco resultó tan placentera que volvería a cruzarlo en tres ocasiones más: Brasil, Uruguay (nuevamente) y Cuba. De Cuba decía que era una isla sin igual y siempre desearía volver para continuar conociéndola.

Me atrevería a decir que gracias a sus viajes a América comenzó a disfrutar más sus experiencias en la naturaleza. Es un continente que no ofrece la cultura o el arte como entendemos en Europa, pero tiene un entorno natural exuberante y ella aprendió a apreciarlo y disfrutarlo como nunca antes le había visto hacerlo. En algunos lugares, ella llegó a eso que la gente denomina "comunidad con la naturaleza". Se agudizó su capacidad para maravillarse ante cualquier fenómeno natural o cultural. Podías verla absolutamente embelesada con unas dunas, un río, una cascada, una bahía, o una mariposa surcando el cielo entre árboles tropicales...

Desde 2001, practicaba Taichi (*Taiji Quan*) de forma asidua. Aunque nunca fue persona aficionada al ejercicio físico o los deportes, sí se interesaba por esta técnica ancestral de meditación que le dotó de gran elasticidad y resistencia muscular, lo cual le ayudó en los últimos meses para sobrellevar mejor su enfermedad.

Son varias las palabras con las que podría definir a mi madre: mujer de carácter, cariñosa, inteligente, divertida, culta, simpática, comprometida, consecuente, guerrera, seria, inquieta, previsora, generosa, solidaria... Siempre ayudó a todo aquel que se lo pidió o se cruzó en su camino con alguna necesidad. De hecho, esa faceta solidaria se agudizó en el momento en el que se jubiló, pues su nueva situación le permitió pasar a formar parte de la Cruz Roja como voluntaria, labor que desarrolló como si de trabajo se tratase.

Pero, aunque supongo que a ella le sorprendería oírlo, creo que, en sus últimas semanas, de todas sus cualidades, las que más brillaron fueron su valentía y su tesón. Ni los médicos ni sus familiares y amigos podremos olvidar la entereza con la que afrontó sus últimos días, siendo fiel a sus principios y enfrentándose al dolor que invadió su cuerpo repentinamente y, sin previo aviso, en pleno viaje a Italia en compañía de mi hermano. Venecia fue la última ciudad que visitó antes de volver a Madrid e ingresar definitivamente en el hospital. Volvería a recorrer sus calles con la imaginación en la última noche que pasó consciente. Juntas recreamos y redescubrimos todos los lugares bellos de los cuatro continentes que habíamos conocido. Ese mismo día, ella nos había congregado a todos sus allegados, en un alarde de coraje, para comunicarnos su deseo de desprenderse de la vida terrena y del terrible dolor que le corroía los huesos. Unos días después, se enfrentó a la muerte, serena, dándonos, a todos, una lección inolvidable. La lección de vida más importante.

Gracias por habernos enseñado tanto, Mamá.